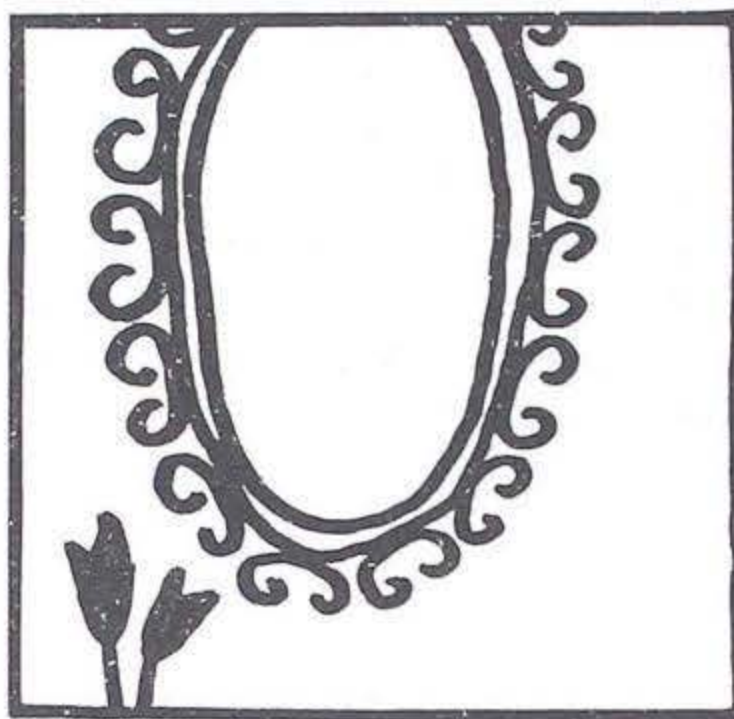


momento, también su análisis de la dinámica entre la cultura oral y la escrita representadas en la literatura cede paso a una narración que intenta (y lo logra, por lo menos en el plano estilístico) dirigirse a la compleja relación entre la literatura moderna y la posmoderna. No hay conclusión general, ni bibliografía alfabética ni índice de autores, temas o títulos, como suelen ser normativos en los libros propiamente académicos.

Tal vez a causa de lo gigantesco del reto que Williams se planteó con este trabajo, surgen numerosos problemas elementales, casi de detalle. Hay varios errores de redacción y de lógica del siguiente tipo: "La caracterización inicial de Agustín enfatiza, sobre todo, su obsesión burguesa con el orden: 'pulcritud', 'simetría', 'brillo' son los adjetivos [sic] que se utilizan para identificarlo" (pág. 170). Más graves, no obstante, son las interpretaciones forzadas que surgen de la imposición de la carga de un amplio esquema regional sobre textos individuales que no siempre quieren conformarse al modelo. ¿De qué otra manera podemos explicar las rebuscadas hipótesis de que Arturo Cova no debe tomarse, en algún nivel de la lectura, como la figura de un ser humano (págs. 94-95); de que Isaacs "no logra ficcionalizar una experiencia del Nuevo Mundo más allá de la mediación documental de la cultura escrita" (pág. 214) (no hay indicio alguno de que Isaacs haya abrigado tal intención); o de que *El bazar de los idiotas* expresa una oralidad implícita porque su narrador retrata personajes "pesados" y tiende a repetirse (págs. 232-234) (los ironistas, parodistas y satiristas de la cultura escrita también emplean esas técnicas)? Estas dificultades, a su vez, derivan de una tendencia a *esencializar* (simplificar y, a pesar del cuadro cronológico, deshistorizar) a las regiones de Colombia y a atribuirles poderes determinantes sobre sus novelas, como en la cita siguiente: "De acuerdo a [sic.] la tradición de igualdad de [Antioquia], Carrasquilla a menudo acentúa lo oral y lo popular" (pág. 173). En un estudio general —de pionero— alguna simplificación es inevitable y aun desea-

ble, pero en un libro repleto de "analepsis" y "narradores intradiegético-heterodiegéticos" uno no puede menos que anhelar que Williams hubiera matizado un tantico más sus tipificaciones regionales.



Este libro ha sido injustamente (y previsiblemente) atacado, principalmente por algunos escritores resentidos que se han creído merecedores de mayor atención que la que se les ha dedicado. La verdadera polémica —no la pelea de gallos que se armó— debe centrarse en la cuestión de si el estudio ha podido profundizar en la historia y la cultura colombianas con bastante refinamiento como para enseñar algo nuevo a los mismos colombianos. No hay duda de que Williams ha trabajado en serio, aportando una cantidad considerable de información relevante, ni tampoco de que su paradigma no lineal del desarrollo de la novela colombiana representa una revisión importante. Hay que tener en cuenta también el hecho contundente de que la versión original del libro (*The Colombian Novel, 1844-1987*) [Austin, Texas: University of Texas Press, 1991] constituye el primer estudio comprensivo en inglés sobre la novela colombiana. Por consiguiente, muchos de los nombres mencionados o estudiados, incluso los de sus más vociferantes detractores, llegan por primera vez a la atención de una multitud de lectores en el extranjero. En últimas me consta que, pese a sus deficiencias, el trabajo de Williams representa una contribución sustancial y estimulante a nuestro conocimiento de la literatura y la cultura colombianas contribución

que a lo mejor se convierte en punto de referencia obligatorio para generaciones venideras de investigadores. Y que no se nos olvide la juiciosa labor del traductor Alvaro Pineda-Botero, cuya presencia, como es debido, casi no se nota.

JONATHAN TITTLER

Gamín bueno, mundo malo

Aventuras de un niño en la calle

Julia Mercedes Castilla

Editorial Norma, Colección Torre de Papel, Bogotá, 1990, 196 págs.

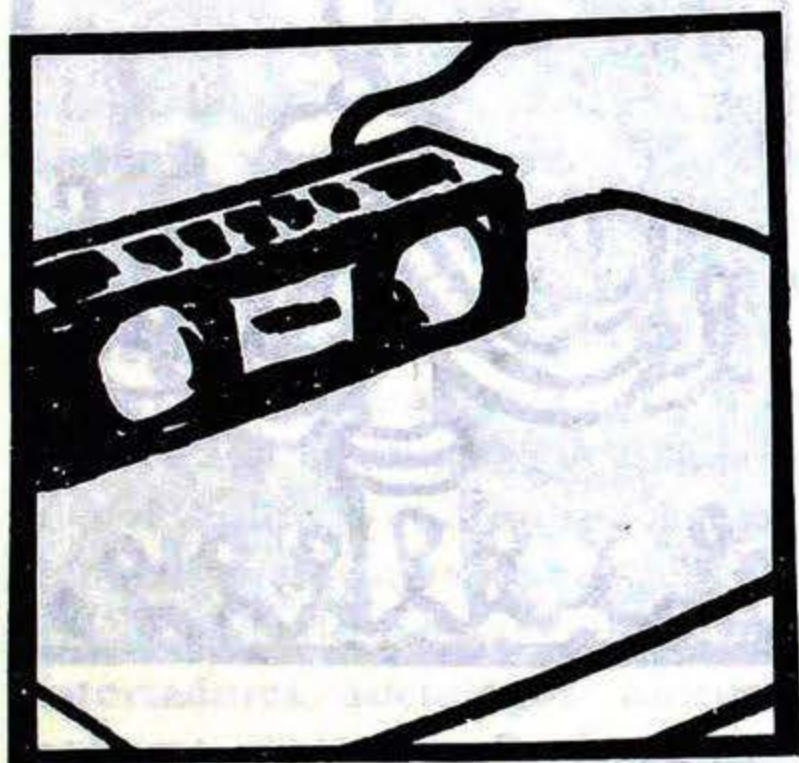
Aventuras de un niño en la calle, de la Colección Torre de Papel, corresponde a la Torre Amarilla, serie de títulos recomendados para niños de once años en adelante. A los once años no hubiera querido leer este libro.

El relato narra los ires y venires de Joaquín, un gamín que, en compañía de su amigo y compinche Armando, busca por las calles de Bogotá qué comer y dónde dormir. Las aventuras consisten en escapar de otros gamines que lo golpean y roban, de la policía, de hombres bandidos y de una casa-reformatorio. También en buscar con solidaridad de amigo a Armando, en el hospital a donde ha sido llevado luego de un accidente. El resto del cuento, ambos sufren las injusticias de la vida, aguantan hambre, piden comida y escasísimas veces juegan en los parques. Armando y Joaquín quieren ser libres, se sienten pájaros y no quieren jaula; por eso dejan el trabajo permanente, o el orfanato que les consiguen las señoras buenas.

El texto está contenido en catorce capítulos que mantienen el suspenso —y ahora: ¿qué pasará?— y tiene ilustraciones de Daniel García, que representan algunos momentos de

los niños en los escenarios de sus aventuras, tan grises como la historia. A pesar del suspenso, bien logrado, y que da cierta credibilidad a la aventura, es difícil aceptar que en diálogos sostenidos por niños, y menos aún por gamines, se utilicen expresiones como "marrullerías" (pág. 7), "en consideración a sus huesos" (pág. 26), "paliza" (pág. 68), "festín" (pág. 71), "no les caí en gracia" (pág. 72), "sermonee" (pág. 109), "estoy deprimido" (pág. 142).

Los niños son unos gamines demasiado "buenos", que tienen algunas reflexiones como de adultos y que poseen una sólida moral a pesar de haber escapado desde los cinco años de un tugurio del sur de Bogotá. También rezan con fervor y de rodillas, tienen fe, derraman lágrimas de felicidad y les molestan los malos olores. Quizá lo más difícil de escribir desde el punto de vista de un niño, sea sentir y pensar como niño o como gamín; es éste el caso de *Aventuras de un niño en la calle*.



La aventura contada por Julia Mercedes Castilla es pobre. Pobre es también la utilización del único recurso de fantasía. "Pingo Pingo" es el amigo invisible del protagonista. Este lo llama a veces y sostienen breves diálogos, donde siempre le pide ayuda, y "Pingo Pingo" le responde a menudo con algún contenido moral, la moral del propio gamín. ("Perdóneme, Pingo Pingo; lo intenté, pero usted sabe que los pájaros no podemos enjaularnos, ¿verdad?") ("Ay, ¿por qué me inventó? Trata uno de hacer de usted un buen muchacho normal, y ya ve. Bueno, tal vez, la próxima...") (pág. 63).

El resto de los personajes que aparecen son terriblemente estereotipados. Niñas buenas "de ojos sonrientes y crespos melados" (pág. 14), son las que le dan comida o dinero o les ayudan. Las mujeres malas son "flacas y de nariz puntiaguda", o sea feas, o gordas: "Rosana la de las carnes flojas y abundantes". Los hombres malos tienen cicatriz en la cara, son bizcos o gordos, extraña fascinación la de la autora en describirlos así, habiendo tantas otras cosas.

La caracterización de Joaquín, el protagonista, es un poco inconsecuente: al principio es vivo y valiente; después pierde esa fuerza que le diera la vida de gamín desde los cinco años y se torna tonto, temeroso y débil. Los textos para jóvenes son textos para jóvenes, las aventuras son aventuras, no necesariamente tendrán que tener moraleja, ni los personajes tendrán que ser o "buenos" o "malos", porque, al igual que en la realidad, en la fantasía las personas también pueden ser "buenas" y "malas" al mismo tiempo.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Un viajero

El dulce camino del Darién. Crónicas de viaje
Jairo Osorio Gómez
Colección Biblioteca Popular de Urabá, Ediciones Gráficas, Medellín, 1990, 79 págs.

Jairo Osorio Gómez (periodista y fotógrafo; Caramanta, 1954) escribe, con "el ánimo del diario, golpeado, golpeadamente poético", estas *Crónicas de viaje*. Utilizando un estilo periodístico, recrea los ocho días de la travesía que efectuó con un grupo de colombianos por las selvas del Darién. Se inicia con la navegación por el río Atrato después de embarcarse en Turbo, corona en Palo de Letras, en el mojón que define la frontera colombo-panameña, y fina-

liza en Medellín después de ser deportados. El recorrido, a pesar de las dificultades y del amargo final, transcurre por lo que Osorio llama, con dejo irónico, *El dulce camino del Darién*.

En abril de 1988 emprende la expedición "Turbo-Panamá, un camino en el Darién", cuyo objetivo era contribuir a que los colombianos se familiarizaran con esta región olvidada del país. El grupo, que a medida que avanza en su recorrido tendrá que adecuarse con "el aprendizaje rápido que exige la supervivencia" (pág. 59), está compuesto por una socióloga, dos periodistas (uno de los cuales es el autor), tres camarógrafos de Maya Televisión (canal regional de Antioquia) y un médico asociado a la Cruz Roja colombiana.

Buscando una ambientación adecuada, Osorio efectúa un brevísimo recuento histórico del Darién. Floreciente por aquel entonces gracias a sus famosas minas de oro, la zona fue asolada por filibusteros desde mediados del siglo XVII. Por allí desfilaron L'Olonais, Morgan, Sharp y muchos más, algunos de los cuales, tras efectuar sus correrías, escribieron sus memorias, dejándonos las primeras descripciones de la región.

Pero no satisfechos con pasar de largo, algunos viajeros pretendieron quedarse. William Paterson, fundador del banco de Inglaterra, intentó establecer hacia 1705 la colonia escocesa de Nueva Edimburgo, escogiendo para ello el mismo sitio por donde Balboa inició su cruce al Pacífico en 1513. Paterson, misionero protestante, representaba el interés libre-cambista sajón no sólo en el oro sino en la posibilidad de construir un canal interoceánico; su intención, como la de muchos otros, terminó con un cementerio lleno de cruces que fue devorado por la selva. Sin embargo, su idea se quedó flotando como una niebla en el ambiente, hasta que el departamento de Marina de los Estados Unidos realizó estudios para la construcción del actual canal de Panamá.

Cada viajero, al desplazarse, va trazando senderos que desaparecen tras su paso. *A comienzos del siglo XX, se apoderan de la región contra-*